

Reminiscencias de William Blake*

Henry Crabb Robinson

Había oído hablar de él a Flaxman¹, y por vez primera cené en su compañía en casa de los Aders². Presente se hallaba también el pintor Linnell, un artista de considerable talento que manifestaba un hondo interés por la figura y obra de Blake, aunque no quedó claro que fuera por razones perfectamente desinteresadas, como se verá seguidamente³. Lo que relato sucedió el 10 de diciembre. Yo tenía constancia de sus idiosincrasias y estaba bien preparado, por tanto, para el tipo de conversación que tuvo lugar durante y después de la cena, que fue una digresión absolutamente

** Publicamos a continuación un extracto de Reminiscencias (1852), de Henry Crabb Robinson (1775-1869), diarista y hombre de letras inglés que cultivó asiduamente la compañía de celebridades artísticas y literarias. La admiración de Crabb Robinson por William Blake es temprana y ciertamente excepcional, dada la indiferencia con que sus contemporáneos recibieron la obra de este romántico inclasificable. Ya en 1810, Crabb Robinson asiste por dos veces a la exposición de su obra pictórica, dedicándole un artículo, el primero jamás escrito sobre Blake, en las páginas de Vaterländisches Museum (enero de 1811). Sin embargo, hasta 1825 no tiene oportunidad de conocerlo personalmente. A este primer encuentro le siguen otros, que Crabb Robinson relata en su diario con terca precisión, hasta que a finales de 1826 deja de frecuentarlo, se diría que aburrido de sus extravagancias. En cualquier caso, sus reminiscencias son especialmente valiosas, pues constituyen el único testimonio directo de que disponemos del comportamiento y actitudes del poeta. A pesar de la mirada notarial de Crabb Robinson, debemos recordar que Blake tenía la costumbre de exagerar algunos de los rasgos de su personalidad cuando su interlocutor tomaba el partido de la ortodoxia o el racionalismo. Como dejó escrito el pintor Samuel Palmer, 'Blake respondía a los materialistas (...) dando una versión extravagante y sorprendente de sus propias opiniones'.*

Para la confección del presente trabajo se ha utilizado el volumen Blake's Poetry and Designs, ed. Mary Lynn Johnson y John E. Grant, Norton, New York, 1979, pp. 496-502. Para un recuento algo más extenso e informal de la vida de Henry Crabb Robinson, puede consultarse el artículo de Jordi Doce, 'Henry Crabb Robinson, el amigo perfecto', Clarín, 17 (septiembre-octubre 1998), pp. 57-62.

¹ *John Flaxman (1755-1826), escultor y autor que durante un tiempo disfrutó de una reputación internacional gracias a sus ilustraciones neoclásicas de Homero, Esquilo y Dante. Fue amigo de juventud de Blake. Sus ilustraciones de Hesíodo, grabadas por el poeta, aparecieron en 1817.*

² *Esto sucede, como ya se ha comentado, en 1825, cuando Henry Crabb Robinson cuenta cincuenta años.*

³ *John Linnell (1792-1882), pintor paisajista y miniaturista, miembro del grupo The Ancients ('Los Antiguos'), formado en torno a Blake. Fue Linnell quien encargó a Blake la serie de grabados sobre la obra de Dante.*

rapsódica sobre arte y religión. Él decía las cosas más extrañas del modo menos enfático posible, hablando de sus *visiones* como otro haría de un suceso cotidiano. Contaba entonces sesenta y ocho años. Tenía un rostro ancho y pálido, ojos grandes de expresión benigna, y al mismo tiempo una impresión de languidez que desaparecía al excitarse, y entonces adoptaba un aire inspirado, pero no un aire que sugiriera a quien no lo conociera de antes, o a quien atendiera a lo que decía, que estaba loco. No había nada *salvaje* en su aspecto y aun así, se hallaba siempre dispuesto a afirmar sus ideas favoritas, aunque sin el calor del proselitista. De hecho, uno de los rasgos peculiares de su comportamiento, en la medida en que era coherente, era la indiferencia. Y un grado extraordinario de tolerancia y satisfacción ante lo que había tenido lugar, una suerte de optimismo devoto y humilde, no el optimismo desdeñoso del cándido. Pero del mismo modo que parecía muy dispuesto al elogio, parecía incapaz de envidia, así como de descontento.

[...] Puesto que durante muchos años me había sido familiar la idea de que una eternidad *a parte post* era inconcebible sin una eternidad *a parte ante*, creí natural y oportuno expresar esta idea en dicha ocasión. Su ojo brilló al escuchar mis palabras. Asintió vehementemente. ‘Sin duda, todos nosotros coexistimos con Dios, Miembros del Cuerpo Divino y participantes de la naturaleza divina’. Que Blake adoptara esta idea platónica me llevó, en el transcurso de nuestro regreso a casa, a hacerle la clásica pregunta concerniente a la atribuida Divinidad de Jesucristo. Respondió: ‘Jesucristo es el Dios único’, mas luego añadió ‘pero también lo soy yo y también lo es usted’. Sin embargo, antes había afirmado –y esto fue lo que me llevó a formularle la pregunta– que ‘Cristo no debió permitir que le crucificaran y no debió atacar al gobierno. No tenía derecho a entrometerse en tales asuntos’. Al hacerle yo notar la contradicción entre lo que decía y las cualidades santas y divinas de Cristo, afirmó que Cristo no se había convertido aún en el padre. Es difícil reunir todas estas reminiscencias fragmentarias con el fin de fijar la posición de Blake en relación con el platonismo cristiano y las ideas de Spinoza.

Incluyo en mi diario los siguientes comentarios aislados. *Jacob Boehme* se encuentra entre los hombres divinamente inspirados. Alabó asimismo los propósitos de la traducción de Boehme hecha por *Law*. ‘Miguel Ángel no podría haberlos superado’. ‘*Bacon, Locke y Newton* son los tres grandes maestros del Ateísmo o la Doctrina de Satán’ –afirmó–, ‘*Irving* es un hombre de gran talento, un enviado⁴. Pero a menudo los enviados van más lejos

⁴ *Edward Irving* (1792-1834), predicador expulsado de la Iglesia de Escocia por herejía; sus seguidores fundaron la carismática Iglesia Católica Apostólica.

de lo que debieran.’ *Calvino*: ‘En casa de Calvino no vi nada que no fuera bueno. En la de *Lutero* había *rameras*’. Declaró que, en su opinión, la Tierra era plana y no redonda, mas en el preciso instante en que me disponía a mencionar el ejemplo de la circunnavegación, alguien anunció la cena. Pero las objeciones rara vez surtían efecto. La más extrema de sus afirmaciones era hecha con la mayor indiferencia, como si fuera una insignificancia. Respetaba los mundos natural y espiritual. Con el objeto de ejemplificar la diferencia entre ambos declaró: ‘Usted nunca ha visto el Sol espiritual, yo sí. Lo vi en Primrose Hill. Y me dijo, «¿Me tomas acaso por el Apolo griego?» «¡No!», repliqué. «*Eso*,» (apuntando al cielo) «eso es el Apolo griego, es Satán.»’ [...]

[...] Con la dulzura de su semblante y la gentileza de sus maneras añadía una gracia indescriptible a su conversación. [...]

[...] El diecisiete del presente me personé en su casa, en Fountain Court, en el Strand. La entrevista fue breve y lo que vi fue bastante más notable que cuanto escuché. Atento a un grabado, Blake trabajaba en un pequeño cuarto luminoso que daba a un patio ruin. Todo en aquel cuarto era escuálido y delataba pobreza a excepción del propio Blake, y su aspecto era de una tal gentileza natural y parecía tan indiferente a la pobreza que le rodeaba que uno terminaba por olvidar su primera impresión. Además, sus ropas eran limpias, su mano estaba blanca, y no se mostró nada avergonzado cuando me rogó que me sentara, como si hubiera estado en un palacio. Sólo había una silla en todo el cuarto, además de aquella en la que estaba sentado. Al apoyar mi mano en ella, descubrí que si la levantaba la haría pedazos, por lo que, como un sibarita, dije con una sonrisa, ‘¿Me permite el placer?’ y me senté en la cama y cerca de él, y durante mi breve visita su comportamiento jamás delató que fuera consciente de la existencia de lo que a otras personas hubiera podido parecer ofensivo, no en su persona, sino en aquello que le rodeaba.

En esa ocasión, vi a su mujer. Y en verdad parecía la mujer que podía hacerle feliz. Él la había formado. En rigor, de no ser así no hubiera podido vivir con él. Descontando su vestido, que era pobre y sucio, su semblante albergaba una buena expresión y el ojo descubría restos de belleza juvenil. Tenía esa virtud entre virtudes de una esposa, veneraba implícitamente a su marido. Es bastante evidente que creía en todas sus visiones. Y en una ocasión, no entonces, al hablar de sus visiones, dijo: ‘Sabes, querido, la primera vez que viste a Dios fue cuando tenías cuatro años, y acercó tu cabeza a la ventana y te hizo gritar’. En una palabra: ella había sido formada de acuerdo con el modelo miltónico e, igual que la primera Eva, adoraba a Dios en la figura de su esposo. Él era para ella lo que Dios era para él. Vide *Paraíso Perdido* de Milton—*passim*. [...]

[...] Estaba dibujando o grabando. Ahora no lo recuerdo con exactitud. El Dante de Cary estaba ante él. Me mostró algunos de sus dibujos para Dante, de los que no me atrevo a hablar. Estaban muy por encima de mis conocimientos. Pero Götzenberger, a quien más tarde se los mostré, expresó su más alta admiración por ellos⁵. Ahora están en manos de Linnell—el pintor, y el rumor es que los tiene reservados para una futura publicación, una vez que Blake se haya convertido en objeto de interés para un número mayor de gente del posible en nuestra época. [...]

[...] 1826. El veinticuatro [de diciembre de 1825] lo visité por segunda vez. Y fue en esta ocasión cuando le leí la oda de *Wordsworth* sobre el Estado supuestamente preexistente. El asunto de la naturaleza religiosa de Wordsworth había sido ya objeto de discusión en nuestros encuentros del dieciocho de febrero y el doce de mayo. Reuniré aquí las declaraciones de Blake referidas a Wordsworth, y pondré por escrito sus apostillas en 8vo: Edit. A.D. 1815—Vol i. Al leer esta maravillosa oda a mis amigos, tenía la costumbre de omitir uno o dos pasajes, en especial el que comienza

But there's a tree of many one⁶,

no fuera a ser puesto en ridículo, siendo incapaz como era de explicar con precisión *qué* admiraba. Tampoco pensaba, en cualquier caso, que fuera una prueba adecuada. Mas con Blake no podía temer nada semejante, y fue esta misma estrofa la que provocó en él casi un raptó de histeria. Su placer al escuchar la poesía de Wordsworth era intenso y no parecía menor pese a los continuos reproches de Blake a su supuesta adoración de la naturaleza, que a juicio de Blake constituye una demostración de ateísmo.

La combinación del más encendido elogio con imputaciones que venidas de otra persona tendrían un carácter extremadamente serio, además de su libertad para interpretar a su deseo, hacían tan difícil ofenderse como razonar con él. Las descripciones elocuentes de la Naturaleza que aparecen en los poemas de Wordsworth eran una prueba concluyente de su ateísmo, pues quienquiera que crea en la Naturaleza, dijo B: no cree en Dios, pues la Naturaleza es obra del Diablo. Al obtener de él la declaración de que la Biblia era obra de Dios, traje a colación el comienzo del Génesis: «En el principio Dios creó el Cielo y la Tierra». Mas con esto no gané nada, pues se me dijo con aire triunfal que ese Dios no era Jehová, sino el Elohim, y

⁵ *Jakob Götzenberger (1800-1866), pintor alemán de asuntos históricos.*

⁶ *En traducción al castellano: 'Pero hay un árbol de muchos'.*

tanto se me repitió la doctrina de los gnósticos que alguien tan poco preparado como yo hubo de callarse.

El prefacio de *The Excursion*, especialmente los versos citados, del libro primero de *The Recluse*, lo inquietaron de tal manera que lo hicieron enfermar. Destacó estas líneas:

*Jehovah with his thunder And the Choir
Of Shouting Angels And the Empyrean throne
I pass them unalarmed.*⁷

‘¿Piensa Mr. W. que puede superar a Jehová?’ [...]

[...] 1826–Diecinueve de febrero: Hoy, en conexión con la afirmación de que la Biblia es la palabra de Dios y que toda verdad se encuentra en ella –Blake contraponiendo la razón del hombre a la Gracia muy al modo de un cristiano ortodoxo– fue cuando calificó –y el ortodoxo diría que anuló por entero– lo dicho al declarar que él entendía la Biblia en un Sentido Espiritual. En lo referido al Sentido natural, dijo ‘Dios encargó a *Voltaire* que expusiera este sentido. ‘He tenido,’ añadió, ‘mucho contacto con *Voltaire* y me dijo: «He blasfemado contra el Hijo del Hombre y me será perdonado pero ellos» (los enemigos de *Voltaire*) «blasfemaron contra el Espíritu Santo que hay en mí, y eso no les será perdonado». Le pregunté en qué lenguaje había hablado *Voltaire*. Su respuesta fue ingeniosa y no daba pie a interrogarle más extensamente: ‘Para mis sentidos era inglés. Se parecía al sonido de una tecla de un instrumento musical, probablemente lo que tocaba era francés, pero mis oídos lo percibían como inglés.’ Asimismo, le pregunté, como había hecho antes, por el aspecto de las personas que se le aparecían, y le pregunté que por qué no los *dibujaba*. ‘No vale la pena,’ dijo, ‘además son tantos que la tarea resultaría demasiado ardua e inútil’. Al preguntarle yo sobre Shakespeare: ‘Es exactamente igual al que aparece en el grabado *antiguo*, el que se dice que es malo. Yo lo encuentro muy bueno.’ Le pregunté sobre sus propios escritos: ‘He escrito,’ respondió, ‘más que Rousseau y *Voltaire*, seis o siete poemas épicos tan largos como los homéricos. Y veinte tragedias tan extensas como *Macbeth*.’ Me mostró su versión del Génesis, pues tal podría ser su título, ‘Interpretado por un visionario cristiano’. Me leyó un pasaje alucinado en una suerte de estilo bíblico. ‘Ya no imprimiré más –me dijo–. ‘Cuando me lo ordenan los espíritus, escribo; y en el momento en que termino de escribir, veo las palabras volar

⁷ En traducción al castellano: ‘A Jehová, y a su trueno, y al coro/ De Ángeles resonantes, y al trono empíreo/ Dejo a un lado, sin inquietarme...’.